

La
TRISTEZA ^{DE}
LA
REINA

La
TRISTEZA DE LA
REINA

SUZANNAH DUNN

algaida
INTER

Título original: *The Queen's Sorrow*
Editado en Reino Unido por HarperCollins Publishers
77-85 Fulham Palace Road
Hammersmith. London W6 8J

Primera edición: marzo, 2009

© Suzannah Dunn, 2008
© de la traducción: Celia Recarey Rendo, 2009
© Algaida Editores, 2009
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-193-0
Depósito legal: M-7051-2009
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Peter Hunter

Si Dios tiene a bien darle un hijo, las cosas irán a mejor. De lo contrario, preveo males a tan gran escala que la pluma apenas puede expresarlos.

SIMON RENARD, enviado imperial en misiva al emperador Carlos V, 1555

I NGLATERRA, POR FIN, A LA VISTA: UN PEQUEÑO ASENTAMIENTO portuario agazapado en la costa. Y lluvia, todavía aquella lluvia, justo como le habían advertido. Mediados de agosto, y había llovido los tres días (y las noches, las largas noches) que llevaban fondeados frente a la costa. No era que no lloviese en España. Llovía mucho, a veces, a veces incluso en agosto; a veces todo el día, tal vez hasta varios días, pero luego terminaba y se iba y el sol volvía a abrirse paso en el cielo. En España, uno se maravillaba ante la lluvia, buscaba abrigo, la soportaba. Era exuberante, una visita. No como aquella.

Más que caer, aquella lluvia inglesa se dejaba arrastrar por el viento. Se apoderaba del aire; se posaba sobre él y le empapaba la ropa, la piel, los huesos. Debería volver abajo, pero se quedó en cubierta mientras el barco avanzaba. Un corrillo de edificios portuarios y, más allá, hacia el horizonte, el verde. Había verde en España: desde el sutil verde azulado con toques de plata de los olivos y los almendros, al profundo y oscuro brillo de los limone-

ros y los naranjos y, en medio, la vid, el suave tono de la vid. Había mucho verde en España, cultivado, sobre parras y en bancales. Pero aquel verde, aquel verde inglés parecía implacable, trepando por cada rincón de la tierra en lugar de regalarla.

Seis semanas, le habían dicho. Nada más. Seis semanas, como máximo, en Inglaterra. El primer barco rumbo a casa zarparía en seis semanas. Haga el trabajo que le hemos mandado a hacer y después podrá volver a casa.

Inglaterra: una pequeña y estrecha isla más allá de los confines de todo. Un lejano rincón del mundo, donde el mar se volvía sobre sí mismo, ondeando salvajemente, y el sol era indiferente.

¿Qué estarían haciendo ahora en casa? Rafael cerró los ojos para ver los luminosos tonos del patio, se arriesgó a soltar la barandilla para tocar el pequeño cuadrante que llevaba en el bolsillo; solo tocarlo, porque no servía de nada, calibrado como estaba para una latitud distinta, y, de todas formas, no había sol. No sabía qué hora era aquí ni allá. Pero fuese cual fuese la hora en casa, si no ahora, pronto habría alguien en el patio sacando agua del pozo con aquel particular chirrido perenne de la polea. Y aunque el patio estuviese, desierto, se oiría la charla de las mujeres tras las persianas: su madre, su tía, su cuñada y Leonor.

Y Francisco, su Francisquito, a quien le encantaba agazaparse junto al pozo para chapotear en las salpicaduras. Y si el cubo lleno quedaba desatendido durante el más breve giro de la cabeza, removía su contenido con la

palma de la mano vuelta hacia arriba, cogía un poco y lo dejaba rebosar por encima de la muñeca y resbalar por el brazo hasta salpicar las baldosas. Entonces Leonor acudía a Rafael para que lo detuviese, y Rafael lo cogía, viéndose ya obligado, en aquellos días, a prepararse para contrarrestar la fuerza de la imprudente y temeraria embestida de su hijo en la dirección opuesta.

Alguien se había equivocado. Eso había oído Rafael. Algún alto funcionario del lado español debía haber informado al príncipe de que su prometida, la Reina de Inglaterra, había preparado la dotación necesaria para él; no económicamente (ni un penique), sino en términos de personal. Habían instalado toda una casa —cientos de ingleses— para él en la Corte. El príncipe, siempre tan diplomático, no había dado por sentado que se haría provisión alguna, por lo que, a pesar de sus meticulosos planes para realizar una entrada suave y discreta en Inglaterra, había acudido hacía un mes con trescientos hombres a un palacio que apenas tenía espacio para ellos.

Al parecer, habían convencido a varios londinenses para alojar a algunos de ellos. Y ahora, a Rafael y Antonio: llegadas tardías, rezagados. A Rafael no le importaba el cambio de planes. Aquella incomodidad inicial, sí, por supuesto que le importaba: esperar para que se le asignase un anfitrión cuando ya habían soportado cinco días en alta mar y luego el prolongado viaje por tierra en medio de la lluvia que arreciaba. Pero en general, no. No iba a costarles nada —seguirían proporcionándoles todo lo necesario— y prefería alojarse con una familia local que sufrir las estrecheces de la Corte.

A Antonio, como cabía esperar, sí le importaba. Sin duda había alardeado en casa de que iba a vivir inmerso en el esplendor real. Mientras Rafael esperaba en la oficina asignada para tratar los asuntos españoles, Antonio merodeaba por el patio exterior, ignorando la lluvia, en busca de conmiseración con compañía de similar parecer; lo que significaba compañía distinta de la de Rafael. ¿Cómo lo hacía?, ¿cómo conseguía hacer sentir a Rafael como si fuera su padre? Lo hacía continuamente; llevaba haciendo que Rafael se sintiese de mediana edad los cinco años que llevaban trabajando juntos, cuando, en realidad, el propio Antonio estaba ahora cerca de la treintena, sólo se llevaban doce años.

Rafael había esperado que les trataran por separado, pero luego todo fue «Rafael de Prado y su ayudante, Antonio Gómez».

«Ayudante», a Antonio no le iba a gustar. Trabajaba para Rafael en los proyectos de Rafael, no «ayudaba». Por fortuna, no lo había oído. El funcionario español consultó con aire irritado con su homólogo inglés, que hablaba español, antes de decir «Kitson» y ofrecer sus notas a Rafael, agitándolas e indicando el nombre con la punta del dedo. Rafael fingió mirar, pero no lo hizo; simplemente se concentró en repetir «Kitson». Un alivio: no era tan difícil de pronunciar. Al menos sería capaz de manejar el nombre de su anfitrión.

—Comerciante —leyó el oficial.

Movido por el interés, Rafael preguntó:

—¿Comerciante de qué? —pero el funcionario se encogió de hombros, dejando claro que había terminado.

Muy bien. Rafael se hizo a un lado para esperar a que fuesen a recogerle. Se apoyó contra una pared, deseando poder evitarse también a sí mismo de algún modo. Necesitaba un baño. Ansiaba un baño. Notaba la piel... bueno, la *notaba*... era una presencia, cuando normalmente no habría sido consciente de ella, se habría encontrado a gusto en ella. La sentía irritada y tensa. Su gran esperanza era que no hubiese más «presencias», nada que hubiese hecho su propio viaje desde otro viajero. Pero era inevitable, lo sabía. Cada vez que estaba a punto de rascarse, se contenía, soportaba el escozor, intentaba hacerlo desaparecer con la mente, pensar en otra cosa, pero no podía pensar más que en el agua: agua cálida y limpia. Estaba más que harto de agua marina. Tenía el pelo encrespado y la ropa acartonada por la sal. Agua limpia y cálida en la que perderse. Media hora metido en el agua, eso anhelaba. La travesía ya había sido bastante mala, pero ahora estaba dolorido por el trayecto en carro: las sacudidas se le acumulaban en las articulaciones y estaba deseando ponerse a remojo para desprenderse de aquel agarrotamiento.

En casa sería fácil, daría un paseo por las tierras de la familia hasta el estanque velado por los arbustos en el recodo del río. Se desvestiría, se encaramaría sobre las rocas para encontrarse con el resplandor del agua y —aquí siempre se deleitaba— contemplarla unos instantes antes de entregarse a ella. Se sentaría en las rocas con la luz del sol en la espalda. Todavía sentado, se echaría hacia delante para dejarse caer y entonces —¡Dios!—, el frío le azotaría y le estrujaría, pero su quejido no llegaría a la superficie porque, como por arte de magia, el frío era cálido. ¡Cáli-

do! Completamente cálido. Qué engaño. Sería engañado y le encantaría. Pasearía y se repantigaría, mirando ambas orillas y sintiéndose alejado del mundo, liberado de él.

Pero aquí, en Inglaterra, con aquel frío, nadie iba a quitarse la ropa y atreverse a zambullirse.

Llegaron dos hombres con librea que miraron de soslayo a Rafael y apenas se dirigieron a él ni a Antonio. Entre sí, sin embargo, la pareja compartió bastantes comentarios, todos ellos con un sonido incómodamente similar a la queja.

—*¿No horses?* —preguntó uno de ellos a Rafael; o más bien ladró con tono despectivo. *Caballos*, tuvo que adivinar Rafael por sus gestos: el hombre estiró exageradamente la espalda, con las rodillas dobladas y los puños juntos en alto.

—No —fue todo lo que dijo Rafael. Lo que hubiera dicho, si no estuviese prohibido revelar dicha información, habría sido: *Un millar de caballos, todos ellos de guerra, nada menos; nuestros barcos españoles han traído un millar de caballos de guerra.* Pero ninguno había arribado a Southampton, permanecían fondeados frente a la costa. Los caballos eran para la guerra con Francia; ahora que la boda ya se había celebrado, pronto seguirían su travesía hasta los Países Bajos, al igual que la mayoría de los hombres y, según los rumores, el propio príncipe, ansioso por aportar su grano de arena pero, como recién casado, obligado a encontrar el equilibrio entre expectativas y exigencias.

Pero Rafael no. Rafael no era soldado. Haga el trabajo que le hemos mandado a hacer, le habían dicho, y des-

pués podrá salir de allí en el primer barco rumbo a casa. Llegar en el último barco e irse en el primero. Seis semanas como máximo, le habían dicho. No le harían falta más que dos o tres. Seis semanas como máximo, se recordaba una y otra vez. Lo recordó mientras, con Antonio detrás, seguía a los dos hombres de aspecto miserable afuera del patio.

Los siguió y entonces, tras un edificio, al doblar una esquina, surgió el río, poniendo fin a la tierra, recostándose sobre ella, gordo y plateado, rebosante y resplandeciente a pesar del cielo plomizo. Mil yardas de ancho, había oído, y, al verlo, lo creyó. A pesar del frío que hacía en los escalones del muelle, Rafael se alegraba de estar allí. Había mucho que ver, desde veloces esquifes con un remero y un solitario pasajero a barcazas pintadas y sobredoradas, con baldaquinos y cortinajes, remolcadas por botes con ocho o diez remeros. Dos de aquellas barcazas aguardaban junto al malecón, con su arrogante personal uniformado frunciendo el ceño en los escalones en un intento por hacer ver su superioridad mientras sus pasajeros iban de un lado a otro para reunir sus lujosos enseres. Otra barcaza acababa de salir río abajo, probablemente rumbo a la ciudad, ganando velocidad con sus estandartes de seda moviéndose frenéticamente en la brisa. Otras barcazas más prácticas carecían de baldaquinos, pero lucían asientos tapizados. Una se aproximaba al malecón, otra efectuaba el desembarco, con su clientela de discretos ropajes sujetándose las capas mientras buscaban con las manos las barandillas y aceptaban la ayuda de otras manos; sus cuatro remeros descansaban, sonrojados, dejando los remos

flotar plácidamente. Un caballero que estaba desembarcando llevaba dos perros consigo, atados con correas, con collares tan anchos como sus esbeltos cuellos; se escabulleron delante de él hasta tierra firme. Tras las barcazas, barcos corrientes competían por hacerse sitio con sus cargas de cajas cubiertas, sus tripulaciones de camisas remangadas y pesadas botas. También había caballos, observó Rafael para su sorpresa. En su campo visual entró deslizándose un buque con cinco caballos. Todos salvo uno permanecían inmóviles, con aire ceremonioso, los hocicos alzados hacia la brisa; el problemático agitaba con fuerza la cabeza y un sirviente hacía todo lo posible por calmarlo. En la distancia, pasaban esquifes en ambas direcciones, con sus cascos centelleantes, los pasajeros agachados y los remeros, solos o en parejas, clavando los remos en el agua. En medio de todo aquello, varios barcos de pesca reclamaban su momento: un par de docenas, calculó, en aquel tramo. Y había cisnes por todas partes, algunos solos, otros en grupo, todos con gesto ofendido.

Rafael envidió a los cisnes; olvidando momentáneamente el frío, deseó sentir sus pies dentro del agua como ellos. De repente estaba impaciente por zambullirse en ella, sentirla bajo su cuerpo, exuberante, y olerla, aspirarla, áspera y fragante. Pero Antonio y él tuvieron que esperar cerca de un cuarto de hora hasta que una pequeña embarcación —descubierta, para su decepción— se acercó al muelle y su equipaje fue subido a bordo. Los tres remeros tenían el pelo empapado en sudor a pesar del fresco, era evidente que habían tenido mucho trabajo. A Rafael le pa-

reció que tenían cara de caballo, con aquellas facciones alargadas, de dientes grandes —cuando tenían alguno—, propias de los ingleses.

Se preguntó qué les parecería él a ellos. Extranjero, sí, sin duda, ¿pero en qué medida? ¿Qué clase de «extranjero»? Había atraído algunas miradas en el malecón, era consciente de ello, pero eso también le sucedía a veces en España. Allí, sin embargo, era por la sospecha de tener sangre judía. En España, tenía aspecto de ser descendiente de judíos, como si procediese de una familia de conversos, pero en Inglaterra no había judíos desde hacía más de trescientos años, ¿sabrían los ingleses qué buscar siquiera? Antonio había atraído cierto interés pero era porque —a pesar de sus esfuerzos por aparentar lo contrario— iba con Rafael. Tal vez solo, con su pelo casi rubio, pudiera pasar desapercibido allí.

Una vez a bordo, ellos y sus dos guardas uniformados fueron conducidos río arriba, rumbo al norte, entre las sombras de las paredes del embarcadero de Whitehall, el palacio donde tendrían que pasar la tarde. El mayor palacio de la Cristiandad, según había oído Rafael. Habían arrasado toda una ciudad solo para hacer sitio para las canchas de tenis. Lo había construido el padre de la Reina, el que había tenido tantas esposas y había matado a varias de ellas. El que había encerrado a la esposa española que tantos años le había servido, la madre de la Reina, y había dado la espalda al Papa para poder casarse con su amante inglesa. Y ahora, veinte años después y contra todo pronóstico, las tornas habían cambiado y la única hija, medio española y repudiada, de aquel primer matrimonio de

aciago destino era Reina y se había casado, a su vez, con un español, y aquel palacio era suyo.

E Inglaterra era suya y, como ella, era católica. Esa era la idea. Al menos, la idea de la Reina. El problema era que el pueblo inglés tenía otras ideas, según había oído Rafael. No se lo estaban tomando en serio. En una iglesia, la pasada Pascua, habían robado la Sagrada Forma en algún momento entre el Viernes Santo y el Lunes de Pascua, de manera que, llegado el momento de la presentación triunfal, no había nada, y la congregación se echó a reír. Nadie se hubiera reído jamás en una iglesia española. Nadie se habría atrevido.

Y al igual que se había equivocado al dar por sentado que su pueblo aceptaría fácilmente la vuelta a Roma, la Reina también se había equivocado al dar por sentado que recibirían con agrado la noticia de su inminente matrimonio. En el barco que les había llevado hasta allí ya podía respirarse el pésimo recibimiento que les esperaba por parte del pueblo inglés. Alguien que conocía a alguien que podía leer en inglés decía haber visto un panfleto en el que se afirmaba que miles de españoles vivirían y trabajarían en Londres antes de terminar el año. *Avispas españolas*, decía, que venían a robar su sustento a los ingleses. Según otros, la gente había lanzado bolas de nieve a los dignatarios a su llegada a palacio para tratar el matrimonio. Este último rumor asusta-viejas había impresionado menos porque nadie sabía hasta qué punto suponía un ataque serio: ¿hacían daño las bolas de nieve? Consultaron a alguien del interior de España y, para alivio de todos, encontró la anécdota divertida.

Las inglesas eran desvergonzadas, eso también lo había oído Rafael durante el viaje, pero él sabía lo suficiente como para no creer lo que los hombres decían de las mujeres. No había visto a muchas inglesas hasta el momento, y sólo había captado atisbos fugaces mientras él y sus compatriotas atravesaban ciudades, aldeas, patios. Lo que le sorprendía de ellas era que apenas se cubrían la cabeza. No llevaban velo alguno. Le había preocupado mirarlas, expuestas como andaban. Pero había mirado. No sabía cómo mirarlas, esa era la cuestión. Ellas lo miraban a él y a sus compatriotas, se giraban y los miraban, pero por el momento no había logrado leer sus expresiones ni una sola vez.

Como la mayoría de los españoles, lo único que conocía de Inglaterra antes del escándalo del promiscuo Rey excomulgado era al Rey Arturo y su tabla redonda. Cuando era un muchacho, él y su mejor amigo Gil habían vivido y respirado los relatos del Rey Arturo inglés. Había olvidado aquellas historias hasta que supo que venía aquí, pero en su infancia, como para tantos otros muchachos españoles, aquello había sido Inglaterra para él. Lo mismo les sucedería a muchos de sus compatriotas, imaginaba. Ahora, sin embargo, no parecía capaz de recordar más que un brazo que emergía de un lago sosteniendo una espada. Un brazo de mujer alzándose fuerte y decidido sobre la oscuridad y la maleza: *Toma, cógela*. Muy práctico. Bueno, por lo que había visto, en Inglaterra no faltaban los habitantes acuáticos. Por lo que sabía, las damas de los lagos bien podían ser habituales.

No pudo evitar sorberse la nariz. Había observado que todo el mundo se sorbía la nariz continuamente y aho-

ra él también lo hacía. Según había oído, el príncipe había tenido un resfriado tremendo en su boda, a los cuatro días de llegar a puerto. Antonio tenía la nariz y las comisuras de los ojos enrojecidas por el viento. Estaba desgredado, no había otra forma de expresarlo. Cómo debía de odiar aquello. Su cabello prácticamente rubio, sin lavar y húmedo, se veía oscuro; la pluma de su sombrero, lacia. Por supuesto, el propio Rafael no tenía muy buen aspecto, pero no esperaba otra cosa. Él no contaba con el juvenil encanto de Antonio. Ni que decir tiene, Antonio tampoco contaba con su encanto juvenil en aquel momento. Y estaba perdido sin él. Así era como se ganaba a la gente; a todos, salvo a Rafael, por supuesto, eso ni soñarlo. Aquí en Inglaterra, hasta el momento, no le había funcionado. Era interesante observarlo, pero Rafael evitó regodearse. Porque, le gustase o no, estaban juntos en aquello, en aquel viaje, aquella escapada.

En la otra ribera no había más que pastos. Algunos árboles, grandes pero cortados para leña. Bueno, sin duda la necesitarían. Unas cuantas parcelas cultivadas —parecían huertos, aunque era imposible distinguir desde el barco qué se cultivaba— y, de vez en cuando, un bosquecillo de frutales. Más allá, al sur del río, se veía poca cosa.

Cuando el río se curvó hacia el este, dejaron por fin atrás el palacio y el grupo de edificios de aspecto oficial. Aquella zona era residencial, ¡y qué residencias! Creía que nunca vería nada que pudiera rivalizar con las mejores casas de Sevilla —no había lugar en el mundo tan rico como Sevilla— y, como le habían dicho que los ingleses eran un pueblo dejado de la mano de Dios, no esperaba semejante

elegancia. Aquellas casas orientadas al sur tenían embarcaderos propios y, a través de inmensas puertas de forja, pudo vislumbrar extensos jardines de formas geométricas, estatuas, fuentes y, desafiantes bajo aquel cielo apagado, relojes de sol. En la distancia, tras los muros que daban al río, se veían los edificios de ladrillo rosa rojizo y sus promontorios de altas chimeneas retorcidas.

Conforme el barco se deslizaba a lo largo de la ciudad, lo que más impresionaba a Rafael eran las muchas, muchísimas chimeneas sumidas en una bruma de humo. En aquella época del año, los fuegos solo serían para cocinar. ¿Cuánto peor sería el aire en invierno, cuando los londinenses necesitasen también calentarse? Y sobre todo ello, se alzaba una afiladísima aguja que parecía llegar a los cielos. Uno de los hombres le vio mirando y, gesticulando hacia ella, dijo: «St. Paul's». Lo había dicho con un gruñido, pero Rafael sonrió para agradecerle la información.

Al levantarse para desembarcar, se giró para ver un inmenso puente que había río abajo. Era el único puente, todos los demás cruces desde otros puntos se hacían mediante los pequeños esquifes que habían ido pasando por delante y por detrás de su embarcación, pero si una ciudad no había de tener más que un puente...

—¡Mira! —se oyó decir a sí mismo en voz alta. Estaba compuesto por arcos: diecinueve, contó en un cálculo rápido. Igual de impresionante, si no más, era la calle de casas de varios pisos que lo recorría todo a lo largo. Era como una pequeña ciudad al completo flotando sobre el río.

En el muelle, los dos hombres contrataron los servicios de un porteador para ayudarles durante el resto del

trayecto, que había de realizarse a pie. El carro con los baúles echó a rodar delante de ellos, esquivó por poco a dos peatones antes de doblar la primera esquina, y pronto lo perdieron de vista. Rafael comprendió por qué las embarcaciones eran el medio de transporte preferido. Las calles eran como túneles: estrechas al principio, pero más aún —prácticamente cubiertas— por los pisos superiores, que se prolongaban sobre sus cabezas. Edificios con estructura de madera. Debía de haber un gran riesgo de incendio incluso sin los fuegos que se encenderían en aquellos hogares y tiendas durante el invierno. Prácticamente cada casa era, además, una tienda en el piso inferior. A su paso se abrían puertas de las que entraban y salían clientes con cestos colgados de los brazos. Muchos de ellos eran mujeres sin compañía. Casi todas las tiendas tenían fuera unas mesas montadas sobre caballetes en las que los londinenses se paraban —a veces abruptamente— a ver el género. Nunca había visto nada igual, era evidente que a aquella gente le encantaba comprar. Si se tenía dinero para gastar, aquel era el lugar ideal.

Algunas callejas estaban pavimentadas, pero muchas estaban cubiertas con tablones por los que todos debían pasar. A los londinenses, por supuesto, se les daba mucho mejor que a él y a Antonio. A los londinenses se les daba bien, tenían práctica, habían aprendido a mantener el equilibrio. Inclinarsen en exceso significaba caer en el barro y la mugre, y en unas pocas yardas sus botas presentaban un aspecto atroz. Uno de los hombres uniformados le dio en el hombro para captar su atención y luego se llevó las manos a los bolsillos: *Cuidado con los ladrones*. Rafael asintió

en agradecimiento, pero no necesitaba que le instruyesen para protegerse de los ladrones, era de Sevilla. El problema era que no podía mantener el equilibrio con las manos en los bolsillos.

Vio mendigos tirados por el barro en cada esquina, sin apenas ropas, sin botas, y a menudo con niños. Suponía que eran niños, pero no había nada infantil en ellos. Gente pequeña. Lastimosamente pequeña, con las cabezas llenas de costras y manos que parecían garras. En Sevilla había mendigos, por supuesto, a millares, negros y blancos, procedentes de toda España y de las colonias; todos iban a Sevilla. Pero aquí, en Londres, parecían distintos, en cierto modo. Peores. Aquella gente —los pequeños en especial— tenían un aspecto verdaderamente miserable. Tal vez fuese porque tenían frío. Tal vez por el olor a carne asada que parecía estar por todas partes en aquel lugar pero no era para ellos, eso no debía de ayudar. En el barco se había enterado de que no había caridad en Inglaterra. No había nadie que la practicara; no había frailes, ni monjas. No había instituciones religiosas desde hacía veinte años, gracias al antiguo Rey. No había lugar alguno al que la gente pudiese acudir en tiempos difíciles, nada sino las calles. *Odio este lugar*, la frase surgió en su interior y se abrió paso hasta su garganta. *Odio este lugar, lo odio*. El aire sofocante, las calles abarrotadas, los niños desgraciados. ¿Cómo iba a sobrevivir a aquello? Ni siquiera un día, mucho menos seis semanas.

Cerca de un cuarto de hora más tarde, se encontraban en una tranquila callejuela donde no había más tiendas que la que parecía ser la de un fabricante de guantes.

Los dos hombres uniformados consultaron una nota que habían sacado de un bolsillo, abordaron al único transeúnte que pasaba por allí en busca de confirmación y luego indicaron a Rafael y Antonio que habían llegado. A Rafael le resultaba difícil orientarse con el sol oculto tras los altos edificios y luego tras las nubes, pero decidió que la calleja iba aproximadamente de norte a sur. Todo lo que se podía ver de su destino era un alto muro de ladrillo rojo en el que había un robusto portón de madera coronado por un letrero con dos llaves cruzadas. Un golpe en la puerta provocó los ladridos de varios perros y convocó a un hombre con un chaleco azul mucho menos elegante que los ricos ropajes con botones dorados, galones y emblemas de las casas reales, pero que no dejaba de tener el aspecto de una librea. Peleando por controlar a los dos lebreles, condujo a los visitantes a un patio adoquinado y allí estaba la casa: de cuatro pisos y recién construida, con un revoque de color ocre, madera plateada y ventanas con cristales que desprendían destellos verdosos. En la pared había un sencillo reloj de cuadrante declinante—orientado al nordeste, por tanto— que de nada serviría salvo en las mañanas más soleadas.

Siguieron al porteador y a los perros hacia la puerta principal de la casa, flanqueada por matas de romero, que contaba con un curioso llamador: la cabeza de una bestia, algún felino, un leopardo. Un golpe del mismo hizo que se abriese la puerta—más alboroto, más perros— pero hubo que mandar a buscar a alguien más para que les recibiese en el interior. Y vaya si era alguien: un joven alto y esbelto con el cabello como seda dorada. Todo sonrisas. Buenos

dientes, con un único hueco, apenas visible. El mayordomo de la casa, según supo después Rafael. Hizo una gran ceremonia de su bienvenida a la casa, aunque ellos no entendieron nada de lo que decía; pero fuese lo que fuese, lo dijo con estilo. Adulador, fue la palabra que le vino a la cabeza. Y las adulaciones le parecieron estupendas después de todo un día siendo ignorado. A Rafael le hubiera gustado poder responder de forma más efusiva, hacer el esfuerzo de meterse en la representación, pero no había caído en la cuenta de lo agotado que estaba hasta verse ante semejante efervescencia.

El hombre les llevó con prontitud hasta unas escaleras, al tiempo que ahuyentaba a los perros de la casa, subieron un tramo de escalera y luego recorrieron una galería alfombrada de arpillera, con las paredes empapeladas con un papel estampado en naranja y turquesa, que conducía a más escaleras, tres tramos más. La habitación era pequeña y sencillamente encalada, con una ventana con cristales pero sin chimenea, y la luz del sol era tan débil que no pudo discernir su aspecto inmediatamente. Sus dos baúles habían sido entregados. Sobre la cama había dos montones de sábanas, dobladas. Les enseñaron con desgana una carriola; para Antonio, comprendió Rafael con desesperación, él también se alojaría allí. No había escritorio, no cabría al sacar la carriola.

El mayordomo les confiaba algo, hablaba rápido y en voz baja, con las cejas levantadas; señaló la puerta, las escaleras, tal vez el resto de la casa. Rafael tuvo la impresión de que se trataba de una explicación y una disculpa. La casa estaba llena y aquello era lo único que había. Rafael

procuró no dejar de sonreír y asentir; Antonio, observó, miraba malhumorado hacia la ventana. El mayordomo vestía el mismo azul que el porteador, pero mejor cortado y mejor mantenido, y debajo llevaba una camisa de buen lino, tal vez incluso de lino de Holanda. Había dejado de hablar y ofrecía una mano a Rafael, con la palma hacia arriba; con la otra mano golpeó la palma y luego se la llevó a la boca. ¿Comida? Luego, desde la puerta, gesticuló con la mano que había sostenido la comida imaginaria: *Les traerán algo de comer*, comprendió Rafael que quería decir. Más sonrisas y asentimientos. No se mencionó la cena. Cenarían en la casa todos los días. El almuerzo en palacio, la cena en casa de los Kitson, ambos sin coste alguno, ese era el trato, o eso le habían dicho. ¿Era posible que hubiesen llegado tarde para cenar? ¿A qué hora comía aquella gente? El mayordomo se marchó, haciendo reverencias mientras salía por la puerta, listo para derramar su abundante amabilidad sobre otros. Ya les había despachado.

Rafael se sentó en la cama —¿adónde más podía ir?— y se sintió como si no fuese a levantarse jamás. Había sido un día muy, muy largo, parecía haber empezado muchos días antes. Y en cierto modo, así era, trece días antes, cuando había salido de casa. Dos días de camino hasta el puerto, cinco días navegando por el mar, tres fondeado y luego tres días cruzando Inglaterra. Y allí estaba, había llegado; acababa de llegar, pero ya estaba listo para volver a casa. El viaje había terminado —lo había hecho, había ido a Inglaterra— y ahora quería irse a casa. Tenía un hogar, y el mero hecho de tenerlo era irresistible: su hogar era donde debía estar. Lo único que tenía que hacer era

dar media vuelta e irse. Pero se sentía a la deriva, y desesperado por volver a ver a Leonor y a Francisco.

Antonio dijo: «Voy a salir a tomar algo». Habló desde la puerta, no había llegado a pasar de ella. No dijo *¿Vienes?* Y, por supuesto, Rafael no lo hizo. Había imaginado que podían tener una tregua temporal en aquella primera noche al final de su largo viaje. Una tregua desganaada. Pero no, y en realidad se alegraba, se sintió aliviado. Habían pasado todo el día en compañía del otro y, para su horror, iban a pasar en compañía del otro todo la noche. No obstante, dijo: «No hablas inglés», aunque quería decir *Eres español*. Y, como ambos sabían, no era buena cosa ser español en Londres en aquel momento.

Nadie esperaba tener problemas con los nobles y los funcionarios —habrían sido educados en las buenas maneras y tendrían trabajos que hacer que les mantendrían ocupados—, pero, según había oído Rafael, la gente corriente ya era conocida por su aversión a los extranjeros en el mejor de los casos, por no hablar de un momento en el que su monarca se había convertido en la esposa de un extranjero. Su gobernante, ahora convertida en la esposa de alguien y, lo que era peor, alguien que no era sino el heredero del mayor imperio del mundo. ¿Quién, en aquel matrimonio, debía obedecer a quién? ¿Debía ella obedecer a su esposo, o debía él, que no era más que un príncipe en su país, obedecerla a ella? Pero él era su esposo, ¿cómo podía no obedecer una esposa? Bueno, con considerable facilidad, como bien sabía Rafael y, apostaba, un motón de maridos con diversos grados de felicidad y éxito. Pero la Iglesia, en su sabiduría ajena al matrimonio, lo considera-

ba imposible. La esposa obedece al esposo, así de sencillo. De todas formas, un día no lejano aquel marido —por más que tuviera fama de dócil— gobernaría gran parte del mundo, lo que implicaba una razón más, según se creía, para que su esposa se fuese acostumbrando a pasar por el aro. En el barco les habían advertido una y otra vez que debían anticiparse a la ambigüedad de los ingleses y tratar de comprenderla. Debían comportarse en todo momento como invitados agradecidos y no caer jamás en la provocación porque los ingleses —gente dejada de la mano de Dios en su isla— son unos bárbaros y no debemos rebajarnos a su nivel. Y recuerden, por encima de todo, recuerden que no será por mucho tiempo. Seis semanas y nos iremos, con la misión diplomática cumplida. Hasta entonces, sean discretos.

¿Cómo podía considerarse discreto entrar en una taberna londinense hablando español? Pero, por supuesto, Antonio tenía una respuesta, como para todo, por más que aquella fuese incomprendible para Rafael. Era inglés, lo sabía, probablemente *Póngame una jarra de su mejor cerveza, caballero*. Pero demasiado rápido para que él pudiese entenderlo. Todos habían aprendido un poco de inglés durante el viaje —saludos, expresiones de cortesía, unos cuantos nombres importantes— de los marinos ingleses y Rafael le había dedicado más tiempo y más empeño que la mayoría, pero lo que a Antonio le faltaba en dedicación, lo compensaba sin duda en confianza. Así que allí estaba, dispuesto a beber con los paisanos.

Pues bien, buena suerte. Una vez solo, Rafael se recostó en la cama sin hacer. *Esto está tan lejos de casa*, pen-

só. *Leonor, esto está tan lejos de casa.* Pero ella no querría oír eso, ella querría que le hablase de la casa. ¿Qué podría decirle? *Estoy en una gran casa londinense. Con criados de uniforme. Aunque tienen perros dentro de la casa.* Mentalmente, volvió a recorrer la casa por donde habían venido, esta vez tomando nota y tratando de adelantarse con la mirada. *Todo es nuevo, por lo que parece: artesonados recién pintados, con los marcos rojos e incrustaciones doradas. Tapices con tal lustre que hacen parpadear a uno. Hay un reloj junto a la puerta principal, Leonor, y sabes que bajaré para observarlo más de cerca.* A ella no le interesaría el reloj, los relojes no eran de su interés. Se incorporó, pero apoyó la cabeza sobre las manos. *Francisco, mi muñequito, el llamador de la puerta es una cabeza de leopardo. ¡Sí! Una cabeza rugiente que guarda la casa. Tendré que ser valiente cada vez que llame. Y también hay perros, dentro de la casa. Vine aquí, a esta casa, por un río; es casi tan ancho como alcanza la vista, y tiene mucho movimiento, es como una ciudad en sí mismo. No solo hay barcos, también cisnes, cientos y cientos de cisnes. Y a lo largo del río hay unas casas rojas enormes, grandes como castillos. ¿Te acuerdas, mi niño, de tu «casa púrpura»?*

No, no se acordaría, y al mismo Rafael le sorprendió el recuerdo. Francisco no había mencionado su «casa púrpura» en mucho tiempo, quizá un año o más, pero cuando tenía unos dos años, si algo le gustaba, decía que lo quería para su «casa púrpura». *Lo quiero para mi casa púrpura:* un taburete, un cuchillo con el mango tallado, el burro de un vecino. Nadie más que Francisco sabía qué era o dónde estaba aquella casa púrpura, pero estaba bien amuebla-

da. Sin embargo, hacía mucho que la había olvidado. La había dejado atrás.

¿Qué tendría yo en mi casa púrpura? Rafael se rio de sí mismo, aunque era consciente de que estaba a punto de llorar. Aquellos últimos trece días le había impresionado profundamente lo mucho que añoraba su hogar, la ferocidad de aquella añoranza, lo incesante que era. Aturdido, así se sentía. A punto de derrumbarse. Vacío, como si le hubiesen arrebatado algo. Su pecho aullaba de dolor y estaba confuso y avergonzado porque no veía indicios de que otros hombres se sintiesen así. Desde luego, Antonio no. Por otra parte, otros hombres también lo ocultarían, sin duda, así que no había manera de saberlo. No había previsto sentirse así. A menudo había estado lejos de casa, a veces un par de semanas, y nunca lo había disfrutado, pero nada le había preparado para aquello. Y como no lo había previsto, se sentía pillado en falta, engañado, le había tomado por sorpresa y, por tanto, se sentía esclavizado por aquella sensación. No veía cómo podía liberarse de ella, o cómo iba a arreglárselas, cómo iba a salir adelante, día a día. El sentido común le decía que lo haría, que la sensación se atenuaría, pero él no lo creía. Su añoranza iba a perseguirle.

Echaba en falta a su pequeño Francisco —Señor, cómo le añoraba— y en seis semanas se perdería muchas cosas, puesto que estaba creciendo tan rápido. Parecía crecer una cuarta entera de cada vez. Rafael tenía la sensación de que su hijo ya le llegaba al pecho; sabía que no podía ser así, pero ahí era donde sentía su falta, ahí era donde se encontraba el vacío. Aquella cabecita. Rafael ansiaba sujetarla entre sus manos como hacía cuando Francisco era un

niño pequeño; notar su peso, disfrutar de su solidez y de la forma en que le cabía en una sola mano. Y el pelo de su pequeño: *su absurdo pelo rubio*, como Rafael pensaba cariñosamente en él. Ansiaba tocarlo, deleitarse en su abundancia. No tenía mucho de recién nacido, la mayoría le había crecido después, cosa que a Rafael le parecía casi cómica, y conmovedora: todo aquel ajetreado, vigoroso y gloriosamente inconsciente crecimiento que Francisco había alcanzado por sí mismo.

¿Y si le pasaba algo a Francisco mientras estaba fuera? Eso era lo que lo que había tenido en vilo durante las dos últimas semanas. Eso era lo que le atormentaba, el miedo a no volver a ver a su hijo, a haberle visto ya por última vez. Una fiebre, una caída. Un acto de negligencia por parte de un criado o la crueldad de un extraño. Un absceso profundo en un oído, con el veneno goteando aún más adentro. Un arañazo de gato mal curado, una rueda de carro floja, una rama podrida, un mal paso en la orilla del río, la cox de un caballo... Todo o nada, en realidad. Al final podía ser una nadería. *Esas cosas pasan.*

Ansiaba poder preguntarle a Leonor *¿Cómo puedes vivir con este miedo?* Él parecía haber olvidado cómo hacerlo en trece días.

Pero Francisco estaba tan lleno de vida..., estaba repleto de vida, y si estuviese con él ahora, no se quedaría así sentado. *Déjalo ya*, se dijo Rafael. Deja esto. Por su bien. Porque, ¿qué clase de padre eres para él, aquí sentado de esta manera, prediciendo su muerte?

Y fue en ese momento cuando vio al niño. Antonio había dejado la puerta entornada y en el hueco apareció la

carita infantil, un niño de unos cuatro o cinco años. Enormes ojos azules, expresión seria. Desde detrás de él llegó una reprimenda «¡Nicholas!», a la que reaccionó de inmediato, escabulléndose. La voz se había elevado hasta alcanzar no solo al niño sino también a Rafael. Y ahora, en un tono aún más alto, solo para él, oyó lo que interpretó como: «¡Disculpe!». El tono era alegre, confiado en la aceptación de la disculpa, pero no por ello menos sentido. Cruzó la habitación en dos pasos. No podía limitarse a quedarse allí sentado, en silencio, debía aceptar las disculpas y dejar claro que no le había molestado. Por el contrario, cualquier distracción era bien recibida, hasta un niño mudo.

En las escaleras había una mujer, una criada, a juzgar por su sencillo vestido de lino y su delantal azul. Se disponía a seguir bajando, con la cabeza, coronada por una cofia, inclinada y la nuca expuesta. No era muy joven ni vieja. Era muy pálida. Una mujer pálida e insulsa. Pero no en el mal sentido. Alta, de huesos largos y frente ancha, eso fue lo que le llamó la atención de ella. Eso y cómo tocaba al niño. Sobre un brazo llevaba enroscado un fino tejido, probablemente alguna prenda para arreglar, y la mano que tenía libre reposaba sobre el hombro del pequeño, dirigiéndolo ostensiblemente hacia el escalón que tenía delante pero, según le pareció a Rafael, menos para guiarle que como una excusa para tocarle. Reconocía la calidad de aquel contacto. El de una madre.

Ella levantó la vista, vio a Rafael, soltó un sorprendido «¡Oh!» y una sonrisa. Sintió que aquella sonrisa le hablaba, aunque no decía demasiado, apenas lo que cabría

esperar: ¡Niños! Aquella resignación afectada que era en realidad un orgullo absurdo. Él lo hacía constantemente, lo sabía, en casa, en su vida. Le habría encantado poder decirle *Ah, ya sé, ya sé, mi muchacho...* y tuvo la sensación de que a ella le habría agradado. Un intercambio casual, sin importancia, pero un tipo de intercambio que no había mantenido en semanas. Y se dio cuenta de que empezaba a desear desesperadamente esa posibilidad. Así las cosas, devolvió la sonrisa y dijo: «No pasa nada, no pasa nada», olvidando el inglés y hablando su lengua, pero vio que ella le había entendido.



Al día siguiente, Rafael y Antonio almorzaron en la Corte, en una estancia completamente separada para los españoles, antes de regresar a la casa de su anfitrión para la cena, como habían acordado. Para su gran disgusto, se enteraron de que la cena se servía a las cinco en punto. Justo después de su siesta, por tanto. Habían pensado pasar la tarde en palacio —y buscar algún lugar para acostarse—, pero cayeron en la cuenta de que, si la marea lo permitía, bien podían volver a casa de los Kitson después del almuerzo y descansar en la relativa comodidad de su cuarto hasta la cena. El problema venía después: sin duda, en casa de los Kitson todo el mundo volvería al trabajo durante unas horas después de cenar, pero Rafael y Antonio tendrían que hacer todo el viaje de vuelta a Whitehall. Y, una vez más, debían tener en cuenta la marea. Y también el coste, si bien la tarifa estaba regulada y era razonable.